

cuantos tercios de hoja se les antojaba pasarles por sus bigotes. Continuaron divirtiendo los ratos de ocio con sus propias aventuras obligando á Chepebotas á que relatara las suyas. — Vamos al caso, les contaré la primera parte, pues la segunda está ligada con la del Tapatío, y él las acabará de relatar porque ambos estamos unidos desde esa época; conque cuidado como se burlan de mí desgracia, porque todavía se me sube la sangre á la cabeza, me zumban los oídos y se me altera la bilis; atención que ya comienzo :

## CAPÍTULO V

Primera parte de la historia de Chepe Botas y desgraciado fin del Buldog.

Tenía yo cumplidos diez y seis años, ayudaba á mi padre en los trabajos de nuestro corto ranchito, apenas sabía hacer unos cuantos garabatos, todos los días de fiesta iba el padre vicario á dar misa á la capilla del pueblo de la Purísima adonde ocurríamos nosotros, y yo por comedimiento me iba temprano y ayudaba á barrer, á adornar el altar, llamar á misa, etc., y esto hacía que el padrecito me viera con aprecio y comenzara á decirle á mi padre que era yo muy vivo, que desde á legua se conocía mi buena disposición, que tenía yo inclinación al altar, y así lo fué encarrilando hasta que un día seriamente, le habló en estos términos : — ¿Qué piensa vd. hacer con esa criatura, D. Toribio? es una lástima que no se aproveche, que no se ilustre, el muchachito tiene capacidad, es muy vivo, y cultivado, tal vez podría salir un buen eclesiástico, un abogado, en fin, ¿por qué no lo pone vd. en un colegio? — Eso es imposible, señor, le contestó, somos pobres y yo no tengo para sufragar esos gastos. — Se me ocurre una idea, amigo mío, quiero darle una prueba de que me intereso por la suerte de su hijo. — ¿Cuál, señor, cuál? — Llévemelo vd. á mi casa, lo mandaré algunas horas á la escuela para que ejercite su letra, yo me comprometo á enseñarle la gramática latina, filosofía, moral, etc, y en cuanto esté listo lo presentamos á un examen, y podremos sin hacer gastos de consideración lograr nuestro objeto, ¿qué le parece á vd. mi plan? — Inmejorable, señor; ¿pero cómo se ha de echar su merced esa carga encima, esa molestia tan grande, ese gravamen y...? — Nada, nada, D. Toribio, déjeme vd. ver si consigo mi fin,

llévemelo vd. que todo lo demás corre de mi cuenta, es vd. mi amigo, los aprecio y se acabó, pasado mañana los aguardo; adiós, adiós, y partió al galope para la villa. Mi padre se quedó lleno de gozo, yo meditabundo, y el padrecito se decía á sí mismo: — Este muchacho es seguro, acomedido, voy á tener un criado de confianza, ya me canso de pagar tlalyacanziz.

Al tercer día acompañado de mi padre, llegué á la casa del vicario, nos recibió la señora su madre con afabilidad lo mismo que sus hermanas, haciéndonos sentar en una banquita de la cocina, á poco rato salió la señora con una canastita, y dándome medio me dijo: — Oye, hijito, me compras por vida tuya el pan para el chocolate del padre, fué á decir misa y no debe dilatar. Yo que según mi juicio iba de estudiante, no me hizo buen estómago aquella súplica y me quedé indeciso, entonces mi padre me dirigió una mirada seria y dijo: — Vamos en una carrerita, coge la canasta, José, y nos dirigimos para la tienda; cuando íbamos por la plaza prosiguió diciéndome: — Es necesario, José, que no seas patarato, no se te ha de quebrar una mano porque hagas un mandado, acomódate á todo, haz cuanto esté de tu parte para granjear el bocadito, demasiado favor te van á hacer con mantenerte, y el padre una gracia especial con enseñarte; cuidado como sé que das algún motivo de queja, porque ya me conoces, agarro un palo y te rompo las costillas. Con esta prevención, de buena ó de mala gana tuve que constituirme en mandadero. Fui entregado al padre vicario, éste renovó sus ofrecimientos, y para que no perdiera tiempo me puso en un cuarterón de papel toda la distribución del día, pegándolo con obleas detrás de la puerta de la sala, y decía: Plan de estudios para José. Se levantará á las cinco en verano, y á las cinco y media en invierno, y hecha la señal de la cruz irá por la leche al rancho de los Teyes. Mientras yo digo misa, hará los mandados de la cocina, llenará el barril de agua limpia del ojo, barrerá la caballeriza, limpiará los caballos y los pondrá al almorzar. De ocho á nueve repasará el Fleuri. De nueve á diez estudiará el Iriarte. De diez á doce irá á la escuela á ejercitar su letra. De doce á una traerá las tortillas y demás mandados para la comida. De una á dos refectorio

después de servir la mesa. De dos á tres cuajo ó siesta. De tres á cuatro cátedra de latinidad. De cuatro á cinco escuela. De cinco á seis echará de cenar á los caballos, encerrará á las gallinas, limpiará los candeleros y hará los últimos mandados, á la oración servirá el chocolate. De siete á ocho el santo rosario y repasos á la doctrina cristiana. De ocho á nueve cuajo, y en punto de las diez servir la mesa y á recogerse. Á los quince días vinieron mis padres á verme, trayéndole al vicario una canasta con quesos y mantequillas, y un buen manójo de gallinas, fueron muy bien recibidos, les dieron de almorzar en la cocina, y enseñándoles el padrecito el reglamento les dijo: — Como yo soy en todo muy metódico, aquí le he puesto á José la distribución de las horas del día para que el muchachillo sepa sus obligaciones y esté entretenido, véanlo vds.: plan de estudios para José, etc., léalo vd., D. Toribio, léalo vd., señora. — No, señor, contestó mi padre, vd. sabe lo que hace y se acabó. — Pues aquí, amigo mío, he procurado que diariamente tenga esa criatura en que entretenerse con bastante aprovechamiento, tiene sus horas de estudio, de escuela, cátedra de latinidad, asneto, rosario, doctrina cristiana, etc., etc. — ¡Ay! señor, exclamó mi madre, qué cosa tan linda, principalmente eso de la doctrina es lo que me cuadra más, sí, señor, la doctrina que por más que yo lo regañaba no hacía caso del catecismo; no se puede negar que es vd. un pozo de ciencia, y mi hijo le va á beber los alientos, nosotros le corresponderemos, padrecito, y si no se aprovecha, será porque es un jumento, con perdón de su merced.

En suma, mis padres se retiraron muy complacidos, yo quedé constituido en un pilluanejo del vicario, garbancero de las señoras, y en suma un criado de balde. Para halagarme me mandó cortar el vicario unos pantalones viejos suyos, que cachiruleados con la gamuza de mis calzoneritas más regulares, me acomodaron unos pantalones á mi medida, lo mismo que un chaleco de pana que fué negro, pero quedó color de rata, y un montón de botas inglesas de todas clases, formas y materiales, que tenía el padrecito arrinconadas, todas las eché á remojar, enderecé algunas, arreglé mis pares, y de todas ellas pude entresacar un par regular, que no tenían más de-

fecto que ser de una misma horma, muy chuecos los tacones; una de punta redonda y otra trozada, les dí bola con tinta de los tinteros de la escuela, y sólo me servían los domingos, usando indistintamente de las demás entre semana, aunque yo tenía el pie grande, el padrecito me ganaba, y para no darme de tropezones, les aplastaba bien la punta y arremangaba la suela para arriba, sin que me hiciera mella que fueran una aguzada y otra mocha, pues tenía orgullo en que me vieran distintos calzados, y les contaba en la escuela, que era dueño de muchas botas, que yo no sabía estar sin botas, y á todo sacaba mis botas, hasta que eso dió margen á que todos me llamaran *Chepe botas*, para distinguirme de otros Chepes. Yo no hice alto en eso, y perfectamente entendía por ese apodo que generalizado todos me hablaban con él; á pesar de estar con mi libro machaca y machaca, sólo aprendí algunos versos del Iriarte de memoria, pero en eso de las declinaciones se me atoró el camote, el padre me daba una que otra explicación que yo no comprendía, luego luego se impacientaba diciendo: — Es mejor que lo dejemos, porque eres muy cerrado de mollera, estudia, hombre, estudia, yo lo que siento es que no vaya á creer tu padre que yo me descuido, y por no enojarlo y que me regañara rara vez le preguntaba alguna duda.

Ya tenía yo como ocho meses de estar con él, cuando le preguntó mi padre cómo iba yo de estudios. — Muy espacio le van entrando, amigo mío, le contestó, la viveza de esa criatura es como la del ratón, yo lo creía de más alcances, pero sin que vd. se ofenda le diré la verdad, el pobre muchacho se empeña, es dicado, pero no le ayuda su comprensión, es tontito; vd. no pierda las esperanzas, ya poco á poco lo voy cultivando, será materia de más tiempo, eso no importa, vd. es mi amigo, no me es gravoso y nos hemos de salir con que se logren nuestros deseos. Mi padre repitió sus agradecimientos, cada rato eran los obsequios al vicario, ya el borrego, la ternerita, gallinas, pasturas para los caballos, en fin, no hallaba mi pobre padre cómo corresponder á la eficacia del padrecito, que más que nunca me regañaba terminando con su conocida cantilena: estudia, hijo, estudia, y si estaba mi padre presente me hacía repetir los versos que sabía de memoria, me preguntaba por

dónde se declinaba algún nombre, me atrojaba, y le decía: — No se lo dije á vd., amigo, vamos muy espacio. — Sí, señor, le contestaba mi padre, ya lo veo, qué hemos de hacer, no está de mi mano abrirle el entendimiento; haz lo que te dice el padre, José, estudia con empeño, estudia. Tanto me áturdián con eso que yo mismo creía que era un tonto, estudiaba, y más estudiaba, pero no por eso adelantaba nada.

Aconteció la desgracia de que se enfermó la señora grande, y empezó con que se iba á morir sin tener el gusto de ver á su hija, que fueran por su hija, y á todos exigía su hija, hasta que consiguió que fueran á sacarla del convento donde estaba hacía más de cinco años con una tía suya profesa. Yo no la conocía más que de oídas, pues escuchaba las alabanzas que hacían cada vez que les mandaba algunas curiosidades de bordados, dulces finos, y otras cosas que decían que eran hechas por ella. Llegó la reclusa, era una huerita como de diez y ocho años, de muy bonito blanco y finas facciones, sumamente modesta, no hablaba nada, siempre con los ojos bajos, arrinconándose por todas partes echaba á cada instante de menos su convento, todos los días luego que se levantaba se asentaba el fleco con las puntas de los dedos, se tapaba bien la cara con su tapalito y la iba yo á dejar á la iglesia donde comulgaba, volvía yo por ella y se encerraba en su pieza ó se estaba con la madre contándole algunos ejemplos, vidas de santos y otras cosas por el estilo, concluyendo con que sólo en el convento estaría segura de las asechanzas del mundo.

Yo que todo lo miraba, estaba encantado de tanta virtud y recato, murió al fin la señora después de una larga enfermedad, y yo extrañaba que ya no se había acordado de volver al convento, si no que al contrario estaba más alegre, no iba á misa sino después de peinarse bien y á fuerza de saliva asentarse el pelo chico que no obedecía al peine, se arrimaba continuamente á las ventanas donde le gustaba leer el año cristiano, estaba muy reformada en sus costumbres, aunque sus oídos castos, á cada paso se escandalizaban de mis palabras que sin intención de ofenderla, ocasionaban que me echara unas jaladas de alma á cada paso, y yo fuera su palito de dientes para entretener su mal humor. Un día estaba en la

cocina cuando yo llegué con la leche, me dijo una de las otras hermanas : — ¡ Jesús, José! cada día traes más poca leche, ¿ por qué eso? — Pues como ya están cargadas las vacas producen poca, le contesté. — ¿ Qué cosa es eso de cargadas? preguntó la niña Elisa. — Preñadas, niña, respondí sencillamente, entonces ella se tapó los oídos diciendo : — Qué hombre tan deslenguado, tan disoluto, y se metió para adentro escandalizada de mis palabras. Otra vez me armó un caramillo porque dije que se le había roto el culo á una botella, y paraba en que á cada paso me salía con que era insulso, insípido berengo, Bartolo, Juan lanas, deslenguado obsceno, ó disoluto, el caso era molerme y regañarme por cualquiera cosa. Ya hacía más de un mes que había aparecido en la villa un joven muy decente y bien montado que era hijo del dueño de una hacienda de por aquellos contornos, y desde el billar, jugando albuces y gallos, apostando carreras, y en tormenta con una punta de esos de la cáscara amarga, estaba administrando la hacienda. Ya había notado la devoción de la niña Elisa, que yo la acompañaba todos los días, y procuró tenerme de su parte, lo empecé á ver en la iglesia, ir á misa estando en ella sumamente devoto, un poco escondido junto al púlpito, y no hallaba yo á cual ir de los dos. ¡ Qué buena pareja! decía yo para mí, este D. Carlitos, que dice el padrecito que es libertino, está edificante en el templo, seguramente le han dado malos informes, qué gente tan amiga de quitar créditos, y luego en el tránsito quería la casualidad que siempre nos andábamos encontrando con él, á mí me hablaba con cariño, y aunque nunca nos habíamos tratado, era yo tan conocido por mis botas chuecas arriscadas para arriba, que no me maravillaba de su confianza. — Adiós, botitas, me dijo una vez, ¿ adónde vas, chico? — Ya vamos de vuelta para la casa, le contesté. Se quedó mirando á la niña que arrancó muy asustada. — Dichoso tú Chepillo que acompañas á esa rosita purpurina, ¿ quieres ser mi amigo? — Con mucho gusto, D. Carlitos. — Así me gustan los hombres que sean completos, toma esos dos reales para tus golosinas. — No, señor, yo no los tomo. — ¿ Pues qué eres soberbio, Chepe? — No pero.. — Pero te parecen pocos, ¿ no es así? toma otros dos y no me desaires, esta es una prueba de nues-

tra amistad; adiós, botitas, y se metió para el billar; yo arranqué á alcanzar á la niña que mirándome platicar con D. Carlitos fué marcando el paso. — ¿ Qué conoces á ese caballero, Chepe? — Toma, le contesté, dende queaque somos amigos viejos, es D. Carlitos el de la hacienda de... muy buen amigo y muy franco, siempre que algo necesito me lo da; nos queremos mucho, y decía yo todas esas mentiras para que viera que tenía yo buenos amigos, me siguió haciendo más preguntas y yo como guajeando contestándole satisfactoriamente, empezó á tratarme mejor y á tener conmigo mil confianzas. La amistad de D. Carlitos me tenía lleno de orgullo, me daba mis pesetas y hacía mucho cariño; un día me metió al billar, me dió bizcochos, un trago de licor, y llevándome aparte me dijo : — Oye, botitas, ¿ eres mi amigo? — No lo dude vd., D. Carlitos, porque me ofende. — Pues yo quisiera que como amigo te interesaras en mi suerte, Chepillo, entonces con orgullo diré que de veras eres mi verdadero amigo. — ¿ Qué puedo yo hacer para eso, D. Carlitos? — Mucho, hablar en mi favor, yo sé que esa niña Elisa te quiere y te tiene confianza, yo la adoro, botitas, es una santa que edifica con sus virtudes, si te precias de ser mi amigo hazme una hombrada, dale este papelito con disimulo, seguro está que se excuse si tú se lo presentas, te considero hombre de secreto y seguro estoy también de que no me harás una felonía. — En cuanto á eso no tenga vd. cuidado, le contesté yo, soy amigo de los amigos, yo aprecio la amistad de vd., haré lo que pueda por servirlo, pero eso del papelito me da mala espina, tal vez vd. quiere tener un pasatiempo, y yo no... — No me empieces con excusas, tú eres reservado, mis intenciones son puras, pero yo no quiero formalizar la cosa sin saber si soy ó no correspondido; este es el papelito y á tu prudencia queda hacer de él el uso que te parezca, en tus manos pongo mi suerte y se acabó; echa otro traguito de licor, toma este peso y no me repliques porque me enojo. Me echó el peso y el papelito en la bolsa, tomé un trago y me largué muy ufano de merecer la confianza de D. Carlitos, á quien como buen amigo no podía dejar de servir en una friolera que me valía un peso, y más que todo, que tuviera por verdadera mi amistad, en una palabra, me constituyó su Mercurio.

Todo el día anduve cavilando y no tuve oportunidad, me daba miedo, no hallaba cómo prevenirla y esperé al siguiente. Cuando volvimos de misa nos encontró D. Carlitos, me hizo seña preguntando, y yo le indiqué que se marchara, me aproximé á la niña diciéndole: — Mire, mire qué lindo cuaco lleva D. Carlitos. Ella se agachó más respondiendo: — No hagas veces de diablo tentador, soy una frágil criatura, huyamos, huyamos de la ocasión, y trató de acelerar el paso y taparse más la cara. — Quién sabe qué se le cayó allí, dije volteando y corriendo para el camino que llevaba. Espéreme, niña, espéreme, fingí que alzaba algo y me volví á alcanzarla diciendo: — ¡Qué bonito papelito! ¡Qué linda letra! ¡Qué palabras tan...! Mire, niña, mire. — No, en la calle no, allá me lo enseñarás en la casa, escóndelo, no te lo vayan á ver, por el amor de Dios, serán secretos de ese caballero, es necesario que lo devuelvas. — Sí, sí, voy á devolverlo. — Pero, hombre, acaba de acompañarme, después irás, ¿cómo me abandonas en medio del peligro? — Después se lo devolveré, dice vd. bien. Apenas entramos á la casa, cuando tirando sus libros en una silla me hizo seña de que la siguiera y se fué para el gallinero; yo me encaminé para la caballeriza, y por una ventana que comunicaba le dí el papelito que sólo contenía estos renglones: — « Hermosísima Elisa, no destroces con tu esquivéz el apasionado corazón de Carlos, que te adora como á la Diosa del amor y á la reina de las virtudes. » Cuatro ó seis veces leyó aquello mudando de colores su rostro, y mirando que no lo había recibido mal le dije: — Todo eso es muy cierto, niña, le está vd. destrozando el corazón, y si se precia de sensible no lo martirice con su esquivéz, porque eso es peor que si lo mata á piquetes con unas tijeras, ó si acaso tiene vd. el corazón de piedra chiluca, déme el papelito para que pierda la esperanza y se mate á cabezazos contra una esquina, ya ha de haber visto que lo alcé, que nos vinimos juntos, y á fuerza creará que vd. lo ha leído. — Pero, Chepe, yo no sé qué hacer, yo debo enseñárselo á mi confesor, ó dárselo á mi hermano. — Eso es, se los dice vd. y á mí me copinan por acomedido, no, señor, ó me lo devuelve para dárselo á su dueño, ó le contesta vd. dándole alguna esperanza. — Pero, hombre, ¿cómo quieres que luego luego conteste, dirá que me

estoy muriendo por él? déjalo que haga méritos, que lo vaya yo queriendo, que se declare formalmente, en fin, no crea que soy una fácil, una mujer cualquiera. — Pues entonces, ¿en qué quedamos? — En que le digas de palabra que me negué á ver su papelito, y devuélveselo aconsejándole que se vea con mi hermano. — Ya todo eso lo tiene dispuesto, y sólo quiere saber si vd. le corresponde. — Pues entonces dile que lo pensaré.

Nos separamos, y el tal papelito no se apartaba de su seno, todo fué caminando en progreso, ambos amantes me obsequiaban y por una fatalidad se enrijoló su casamiento. D. Carlitos así que tiró cuanto había en la hacienda de existencias, siguió con el apero y muebles, habiendo arrendado las mejores labores á los del pueblo, por cualquier cosa, no faltó quien impusiera á su padre de la mala conducta de su hijo, y no pudiendo ir personalmente mandó á un dependiente de confianza. Carlitos que siguió en sus jugadas y prostituciones, mirando que ya se iba á descubrir el enredo, reunió diez ó doce picos largos, se constituyó su jefe, y de la noche á la mañana se nos fué apareciendo de pronunciado, cometiendo mil excesos, robos y engrosando sus filas á gran prisa, teniendo en continua alarma á todas las poblaciones y haciendas vecinas. Cuando se aclaró todo, resultó que solo el casco tenía la hacienda, y además había hecho mil topillos á cuantos pudo. Aunque entre sus cálculos entraba llevarse á la niña Elisa, había en la villa un destacamento que no lo dejaba acercarse mucho y era tenazmente perseguido, por lo que tuvo que mudar de rumbo y alargar su línea. En esta época se declaró la epidemia del cólera, en mi casa hizo mil estragos, pues de nueve que éramos de familia, sólo quedé yo y la última de mis hermanas, una chiquilla de siete años; yo tenía veintitrés cumplidos, y para que hubiera quien nos asistiera recogí á una tía que esa vez quedó viuda, mi padre antes de expirar me dijo que en un sitio que me señaló, estaban depositadas sus economías. Desde que cayeron enfermos en mi casa me separé de la del vicario, poco menos ignorante de lo que fui pues en largos cuatro años, no supe declinar musa musa, pero en compensación aprendí á medicar, pues las señoras abusaron de mi condescendencia hasta que quisieron. También en la villa hizo la epidemia mil estragos.

gos, y entre ellos la de llevarse al vicario y sus dos hermanas grandes, no quedando en pie más que la niña Elisa, que escapó por un milagro.

Yo bajaba muy rara vez al pueblo, tenía muchas atenciones, y como el único interesado que podía cuidar de aquello, no tenía tiempo para pasear, hasta al cabo de ocho ó diez meses de aquella lamentable catástrofe, se me ocurrió ver el entierro que me indicó mi padre, y me encontré con dos ollas medianas, saqué una que contenía más de mil y quinientos pesos en plata, compré animales, extendí mis labores, subarrendé otro rancho llamado Viborillas, para tener abundancia de pastos y oficinas para mis cosechas, establecí cría de borregos, de puercos, y unas manaditas de yeguas emburradas, puse una ordeña, en fin, gasté mil pesos en lo que me pareció, y me propuse con el resto educar á mi hermanita Lupe lo mejor que se pudiera. Luego luego me ocurrió meterla en un convento para que aprendiera á ser virtuosa, y hacer las preciosidades que la niña Elisa mandaba á su hermano cuando estaba de conventuala, pues aunque después jamás la vi tentar una aguja, no me llamó eso la atención. Se me dificultaba quien me arreglara ese negocio, yo no podía dejar mis cosas abandonadas, y por fin me determiné á ponerla de pupila en la villa para tenerla más cerca y verla los domingos. Me fuí con ese intento, llegué á la amiga y me fuí encontrando allí con la niña Elisa de ayudanta, en un estado miserable; desde que la vi se me ocurrió otro proyecto en el acto, fingí que sólo iba á visitarla, le di una cita para el puente y me despedí de las preceptoras; á poco rato concurrí al sitio indicado donde me hizo la pintura más triste de su miseria, confesándome que de caridad le daban un rincón y el bocadito, que se vestía de desechos y padecía una hambre espantosa. — Yo vine, le dije, con intención de traer aquí á educar á Lupe, y se me ocurrió al ver á vd. hacerle la proposición de darle casa, que comer, vestir, y cuanto quiera por tal de que le enseñe cuanto vd. aprendió en el convento, y sobre todo á que salga una muchacha virtuosa y arreglada; conquese si vd. acepta manos á la obra, vaya vd., niña, á dar á esas señoras las gracias, traiga sus trapitos ó lo que tenga y aquí la espero. — Pero mira, José, yo no aprendí nada, vas á hacer un



¡ Ahora me la pagarás, bototas !

sacrificio de balde, soy muy puerca, muy abandonada y... — Yo no quiero satisfacciones, niña Elisa, yo sé lo que hago, si se determina vámonos, si no para ver á esas señoras, ó si le parece poco la oferta que le hago le señalaré un buen sueldo, un tanto, en fin, lo que quiera. — Ni digas eso, Chepe, ya sabes que no soy interesable pero... — No admito peros, aquí la espero; tenga ese peso para que se compre zapatos en la tienda, pues ya pisa con el pie descalzo.

Volvió al cabo de una hora trayendo debajo del tapalito un envoltorio de trapos dentro de una funda vieja de almohada. — ¿Qué es esto, le pregunté metiendo la mano y tentando una punta de hilachas y porción de medias muy sucias? — Esto es todo lo que me acompaña, me dijo poniéndose colorada. — Esto no vale un comino ni merece la pena de cargarlo, y boté la talega aquella para el río. — Qué has ido á hacer, Chepe? si ahí tenía yo las cartas de Carlos. — ¿De Carlos? repliqué yo; mal haya sea el tal Carlos que tiene la culpa de que vd. se vea en este estado, no le hubiera atarantado las reglas, regresa vd. á su convento y esta es la hora en que sería una santa; vamos arriba. La senté en la silla, me subí en las ancas y marchamos para mi casa. Al contemplar su tapalito hecho un arnero, el túnico pegado al pellejo pues por los broches le miraba el espinazo, y toda ella tan chorreada y enmarañada, decía yo para mí: ¡Maldita miseria que no has dado á esta mujer ni tlaco para jabón! si el tal Carlitos la viera le causaría horror; pero eso sí, á pesar de su indignancia no olvílaba su buena educación, con qué disímulo se quiso excusar de mi propuesta diciendo que nada aprendió en el convento, á otro peerro con ese hueso, yo vi los pañuelos bordados y otras mil chucherías de su mano; y si se descaminó por el Carlitos yo tuve la culpa, con servirlo como amigo, una niña candorosa fácilmente se ataranta. En fin, me contento con que me eduque bien á mi Lupe y le hago una obra de caridad á esta mujer que ya mero se la lleva judas, voy á obligarla con vestirla bien y tratarla como á una reina respectivamente de como viene.

La instalé en mi casa, compré géneros, y la niña no tenía que desear, empezamos á tener cuestión porque á fuerza no quería que Lupe anduviera siempre de túnico y tápalo, yo quería de

enagüitas, y por fin transigimos con que sería de túnico y rebozo, el túnico por parte de ella, y el rebozo por la mía, á pesar de que no podía ver los rebozos porque decía que sólo eran propios de la gente plebeya. — Ya lo has visto, Chepe, en la última miseria he estado y nunca quise degenerar de mi clase, y yo le respondí: — Es verdad, si no hubiera sido por aquel pedazo de tápalo, se le ven á vd. las costillas y... — Pues eso has de reflexionar, se puede hacer el uso que de un rebozo y siempre ese tápalo que por raído que esté como el mío, indica que la que lo porta es persona de buena sangre.

Ya llevaba cerca de un año, y sólo á leer había mal aprendido Lupe, y su preceptora se había repuesto y mejorado, estaba con muy bonitos colores, robusta, y no teniendo nada que hacer, continuamente se miraba en el espejo y componía. Como no se volvió á saber del consabido D. Carlitos, yo concebí la malditísima idea de ver si conseguía casarme con ella, pues sus encantos en aquel páramo me fascinaban, y decía yo en mis soliloquios: — De cualquiera manera, he de estar manteniendo á esta niña, vistiéndola y demás, pues siendo mi esposa, con más ganas me sacrificaré por ella, Lupe será mejor atendida por su hermana, y yo haré con las dos mi felicidad; es verdad que ella es una niña fina y yo un pobre ranchero, pero con todo y su finura, si no es por mí se la lleva el diablo de necesidad y hambre, yo la he tratado bien y debe conocer que aunque soy un hombre ordinario, tengo hechos de un corazón noble, tentaré el bado para reconocer el fondo. En la primera oportunidad le pregunté si todavía quería á D. Carlitos, y exhalando un suspiro me contestó: — Todavía lo amo, Chepe. — ¿Pero, niña, si ya ve vd. qué maleta ha salido? — Por eso mismo lo aprecio más, porque padece persecución por la justicia, y ha de ser sin duda un bienaventurado. — Malo, me dije á mí mismo, todavía resuella por la herida, todos mis planes vienen á tierra, paciencia y barajar. Ya casi había yo perdido las esperanzas, cuando una catástrofe vino á ayudarme en mis planes. D. Carlitos seguido de más de cincuenta hombres apareció de nuevo por esos rumbos, quiso dar un golpe de mano sorprendiendo al destacamento, y dió un albazo penetrando á la villa en una madrugada. El jefe del punto, que no era ningún aturdido, dejó

unos cuantos á que hicieran fuego desde la azotea del cuartel, y con su fuerza rodeando callejones en el mejor orden, le cortó la retirada, mientras que el tal D. Carlitos y los suyos corrían calles gritando vivas y mueras echándose sobre el cuartel, de allí los rechazaron vigorosamente, y cuando menos lo esperaban fueron cogidos á dos fuegos, se hicieron bola y empezaron á desperdigarse debiendo su salvación algunos á la ligereza de sus caballos, y quedaron más de veinte muertos de la plaza al puente, entre éstos se encontró un cadáver medio desnudo, con camisa fina y muy desfigurado el rostro á machetazos, alto, huero, de barba poblada, luego entre los despojos recogidos, una chaqueta suelta con divisas de capitán y papeles que acreditaban ser la D. Carlos, una mujer recogió un sombrero que un herido dijo ser de su jefe, y por último el caballo ensillado fué también reconocido, de manera que justificado, el tal jefe fué colgado en el puente por dos días y hasta el tercero se le dió sepultura; esta escena fué un sábado, y el domingo que bajamos al tianguis, la misma Elisa vió colgado de una viga á su adorado tormento, al bienaventurado Carlitos, y supo de boca de otros los mismos pormenores; yo la verdad fingíndome compadecido, me regocijaba interiormente pues ya no tenía rival, y de necia se pasaría la niña si no admitía mi proposición. Me hizo comprarle luto, lloró hasta que se le antojó, y yo no más esperaba verla mudar de tapalito, por fin se le acabó la pita, y volvió como antes á ponerse muy bonita y rozagante, poco á poco me le fuí insinuando, no le parecían del todo mal mis propuestas, pero no se determinaba, me propuse un día aclarar paradas y le exigí la resolución diciendo: — Aunque conozco la desigualdad de nuestros nacimientos, me he atrevido á pretenderla porque creo que mis acciones aunque ranchero, son tan finas como las del más noble caballero; vd., niña, con la educación que le dieron, va á mejorar de condición mi raza, yo la amo con ardor, y no podrá encontrar quien la estime con la pasión y desinterés que yo, conque no me desprecie porque me ha visto pobre, ahora gracias á Dios tengo mis medicitos y podré presentarla como vd. se merece por su distinguida clase, determínese vd. y cuanto antes labre mi ventura. — Mira, Chepe, me contestó, lo de menos era ca-

sarme contigo, yo también te aprecio y te vivo muy agradecida; pero soy muy fodonga, tengo muy mal genio, tú has visto mejor que ninguno que me criaron muy consentida, no sé tentar una escoba, ni menos me gusta poner un pie en la cocina, en fin me acostumbraron á los chiqueos y soy la mujer más inútil. — Pues, niña, le contesté mirando que sus excusas eran frívolos pretextos, en cuanto á eso nada tiene que decirme, y si esa es la dificultad yo la venzo diciéndole que yo no la quiero para criada, sino para ama, que si le merezco ese aprecio que dice me tiene, me diga francamente que sí, pues lo demás corre de mi cuenta. — Pues si tú te empeñas y no haces mérito de mis defectos, qué he de hacer, dispón de mí lo que quieras. Loco de contento no pude menos que abrazarla, y al mes era yo el mortal más feliz; como á los tres estaba comenzándome á arrepentir, porque empezó á demostrarme su mal genio, á cada paso eran los regaños, tratándome de sandio, berengo, imbécil, etc., despues á todo era lo de bestia, bruto, tomajón, y rara vez la encontraba contenta, yo duplicaba mis obsequios y me afanaba en complacerla para tenerla á gusto; llegaba del campo y me la quedaba contemplando, y al mirarla tan bonita, muy guapa y alisada oliendo á perfumes decía para mis adentros: — ¡Qué lindas son las catrinas! ¡Qué chula es mi mujer! Dios la bendiga, soy el hombre más dichoso.

En una de tantas veces, como me recreaba con su vista, no pude contenerme de un frenético arrebato, y cuando menos lo pensaba, la abracé con muchas ganas estrechándola contra mi pecho; trató de chisparse con el rostro encendido de cólera, y cuando yo esperaba siquiera una leve sonrisa, se me escapó diciéndome llena de rabia: — ¡Qué bruto eres y qué barbaján! cómo se conoce que eres un meco ordinario. — ¿Por qué te enojas, mi vida? ¿qué mal te hago con abrazarte? — No estoy hecha á sufrir esos ultrajes, no parece sino que abrazas á una mula; todos los abultados me has machucado, y comenzó á desarrugar muy enojada unos armazones de pontibí como faroles que se ponía en los brazos. — No lo hice con intención de ofenderte, chula. — Eso está peor, chula; ¿pues quién piensas que soy, grandísima bestia? chula, bonita yo para que me trates como á las zapateras, ya se ve, cada cual da de lo que tiene, tú

no tienes la culpa, sino yo que por agradecerte cuatro trapos ordinarios que me diste, descendí hasta tu despreciable esfera. — No te agravies, Elisa, todo lo hago por cariño. — Pues malditos sean tus cariños si sólo sirven para recordar mi degradación, no me gusta que me confundan con la gente vulgar, cuidado como te acontece volver á faltar al respeto que merece una señora; eres cada día más insufrible, más soez y más ladino.

Pasaron algunos días, en que me estuvo poniendo mala cara y ya era necesario pedirle licencia para hacerle una caricia la cual admitía ó no, según estaba de humor, y poniendo condiciones. Otro día inadvertidamente le hice un cariño cogiéndole la barba, y se me puso como una leona, se la refregaba llena de rabia maldiciéndome porque le había tentado el rostro con mi manota sucia de caballo; por supuesto en cada cosa de estas se iba desatando en improperios, sin bajarme un punto de meco, lépero, ordinario, bruto y cuanto se le ocurría; como se hallaba embarazada, yo pensaba que aquel aborrecimiento al señor, era cosa consiguiente á su estado, pues ya había visto que como las vacas, algunas se embravecen, cogen mañas, resabios ó se vuelven antojadizas. Salió de su cuidado dando á luz una chiquilla, ya con anterioridad teníamos cama separada, le molestaba mi mal dormir, mis ronquidos le quitaban el sueño, y habiéndose enfermado Lupe de escarlatina, tuve que mudar hasta de habitación, pues porque no se contagiara puse á mi pobre hermana en otra pieza bastante separada. Entonces se acabó de llevarse todo judas, todo el día estaba apoltronada teniendo á la niña en brazos, y Lupe sirviéndole de pilmama, la causa de su mal humor cesó, pero el aborrecimiento seguía con más extremo, si le hacía un cariño á la niña me regañaba, se le figuraba que la exprimía, que la desmoronaba entre mis manos de gañán, ó entre mis garras de salvaje; si no la acariciaba, entonces decía que era yo un Nerón, que las fieras más fieras lamen á sus hijos, no había medio para estar en paz, la inicua estudiaba el modo de molestarme á cada instante, se complacía en humillarme, yo agachaba la cabeza y hacía lomo, no estaba en mi arbitrio mejorar de situación.

Un día se incomodó con mi tía, la echó de ama de la casa, y

se dijeron mil claridades, siendo eso motivo para que se separara de mi lado; al irme al campo me dijo con tono imperioso: — ¿Ya sabes que se va ahora mismo la meca esa de tu tía? — Sí, le respondí de mal humor, huyendo de que me metieran en chismes, ya le dije que se establezca donde guste, le voy á pasar su diario, y me salí presuroso. Me entretuve en las labores, volví hasta las cuatro de la tarde muy asoleado y muerto de hambre, apenas me fui presentando cuando parándose como gallo me dijo: De veras, Chepe, que cada día eres más inconsecuente y malvado, ¿no te dije que se iba tu tía? — Sí, ¿y qué resulta de eso? — ¿Cómo qué? que debías luego mandar quien guisara, y no que ya son las cinco de la tarde y no hemos probado un bocado, ni lumbre tiene el brasero; ya sabes que yo no he de poner un pie en la cocina. — ¿Pero, mujer, es posible que seas tan inepta que ni por tu propia conveniencia sepas hacer un par de huevos estrellados, una cazuela de arroz, ó cualquier cosa para no quedarte sin comer? ahí tiene la despensa recaudo bastante, dispón algo. — Esas bajezas se quedan para ti que te has criado de garbanero, acuérdate bien que he sido tu ama, que te conocí de piluanejo de mi hermano donde te vestías de sus desechos; anda á guisar tú que lo has aprendido fregando los trastes de mi casa, yo te advertí que era una niña criada con chiqueos y en buenos pañales, tú me dijiste muchas veces que no querías criada sino ama, por eso yo me he sostenido, y mejor me moriré de hambre que arrimarme al brasero, acuérdate que te lo dije. — No más, mujer de toditos los diablos, me engañaste con la verdad, me dijiste también mil veces que eras una puerca fodonga, y yo fui tan bestia que lo dudé, á pesar de estarle mirando hecha una pordiosera, inmundada, trapienta, asquerosa, reniego de mi torpeza. — Y yo reniego también de mi sensibilidad, de creer que eras hombre de buen corazón, pero ahora conozco que no sólo eres un meco sino un ente despreciable, mira, mira estas venas azules, por ellas corre sangre noble, compara tu cara con la mía, avergüénzate de tu clase, majadero, yo soy de buena descendencia, mis gentes no han sido gañanes, mira, mira mi pelo más fino que una seda. — Pero seda llena de buñiga y... Me largué á la cocina á disponer

algo para comer, pues consideraba no á ella sino á mi hermana, y á la chiquilla que apenas contaba tres meses. ¡Malditas, malditas sean las catrinas! repetía yo, que como mi mujer no saben más que dar carita: ¡qué Dios no le mande un rayo! soy el hombre más bruto y desgraciado, merezco un apa-rejo.

Me volví á llamar á Lupe para que soplara mientras hacía yo alguna otra cosa, y al verla salir me dijo: — Eso es, llévate-la, ¿pues quién limpia á la niña? — Que la limpie su madre, le respondí lleno de cólera llevándome á mi hermana, hice un cazuelón de arroz y asé una poca de carne, le mandé su ración, y fué tan sinvergüenza que no quedó conforme, y le puso mil defectos. Ensillé después y con mil afanes logré traerme á una mujer para cocinera, renegando contra mí mismo por majadero; yo tenía que vigilar lo de la cocina, Lupe era muy chica, y aquella maldecida catrina se acochinó. No volví á entrar en su pieza para nada, era huésped de mi casa y solo el cariño de las chiquillas me hacía llegar á revienta cinchas, pujando y agachando la cabeza: sólo para pedirme algo me buscaba, cada rato me salía con que ya no había pañales, compré una pieza de amburgo y se la dí entera, luego pedía pañuelos, le daba una ó dos docenas, y así cuanto se le antojaba, pues me chocaba su presencia, por último, me empezó á poner mejor cara y con el pretexto de que la niña me extrañaba, cada rato me la traía para que la cogiera yo tantito, la besara, y mil manitas con que me estaba desenojando; yo no soy rencoroso, calculé el negocio, y me dije á mí mismo: — Esta mujer es interesable, pues tope en el dinero por tal de tener paz. — Mira, Chepe, me dijo una vez, mira qué chula es mi hija, parece que la escupiste, es tu vivo retrato. — Chula, chula, ¿acaso es zapatera, y luego mi retrato, eh? pues apenas hay gente más villana, mira mi cara, mira mi pelo, por estas venas prietas corre sangre de burro. — No me devuelvas mis palabras, Chepito, no seas venal, me ofendiste en lo más delicado, eso ya pasó y perdóname. Acompañó esto de un halago y se acabó todo, á pocos días recordó el día de su santo, y me dijo: — No vayas á hacer de tus cosas, cómprame para mi cuelga género bastante y para las chiquillas también, quiero tener el gusto de verlas vestidas